



El libro *(RE) Lecturas de Guanacaste: 1821-2010* continúa con el reto dialogar e interpretar la historia regional de y desde las regiones y en constante diálogo y debate con la historia nacional, en un proceso recíproco y dialéctico.

Como cualquier otro trabajo de compilación el libro reúne trabajos de diferente índole, algunos son avances de investigación, otros son trabajos más complejos, pero en ambos casos con la aspiración de generar nuevas hipótesis e interrogantes que superen el estado actual de conocimiento. Tal aspiración lleva consigo el sueño de pensar en el desarrollo justo y equitativo para todos los habitantes, aún de aquellos cuyos territorios que algunos consideran vacíos o sin historia. Tarea que en la época neoliberal solo es pensada y desarrollada por las universidades estatales.

Dr. Juan Jose Marín Hernández

Lic. Rodolfo Núñez Arias

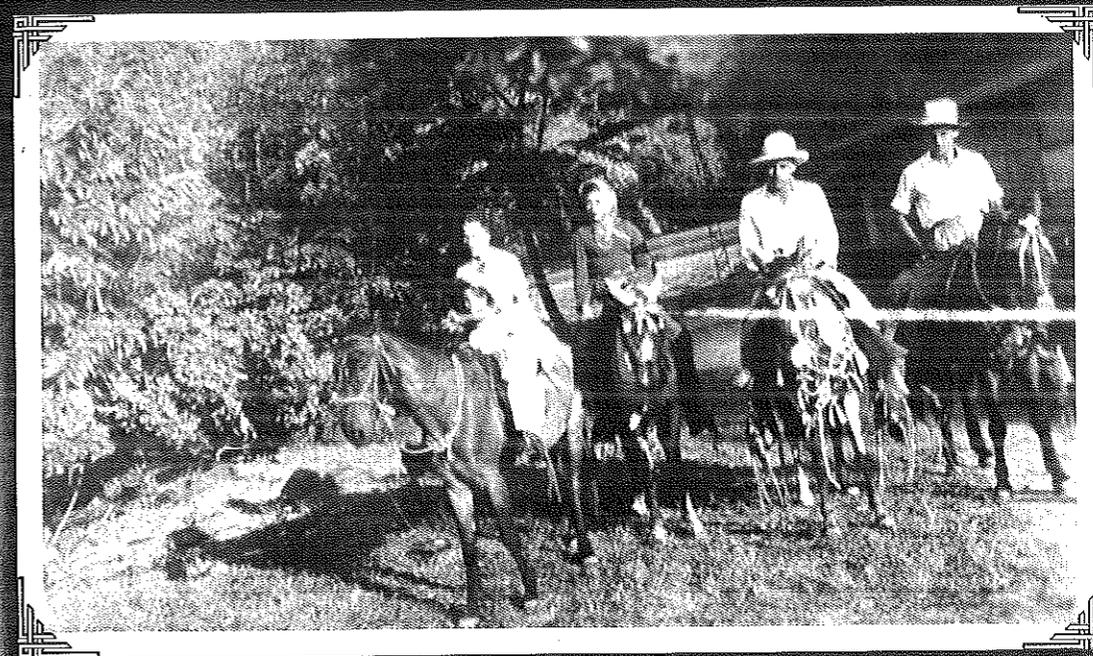
ISBN: 978-9968-9952-8-3



9 789968 995283

(RE) Lecturas de Guanacaste: 1821-2010

(RE) Lecturas de Guanacaste: 1821-2010



Editores y compiladores:

Dr. Juan Jose Marín Hernández

Lic. Rodolfo Núñez Arias

Sede del
Pacífico
UCR



LA SOCIEDAD EDITORA
ALQUIMIA 2000, S.A.

**VIDA COTIDIANA, TRABAJO, JUEGO Y FIESTA
EN LA HACIENDA GANADERA GUANACASTECA,
1858-1950.**

David Díaz Arias¹⁷⁸

I. INTRODUCCIÓN.

El geólogo alemán Karl Von Seebach informó en 1864 que existían dos caminos seguros para trasladarse desde Puntarenas hasta Guanacaste. Según él:

"...o se navega por el Golfo de Nicoya al Tempisque y se desembarca en el Bebedero, las Playitas o el Bolsón, según si se quiere ir a Las Cañas, Liberia o la parte Oeste, o se hace el viaje por tierra, por el camino mucho más molesto a lo largo de la pendiente Suroeste de la Cordillera".¹⁷⁹

Seebach, interesado en el análisis del territorio y especialmente en el estudio de los volcanes, eligió seguir la segunda ruta "con una bestia de carga solamente para poder viajar con más ligereza",¹⁸⁰ y acompañado de un guía. El mundo que se topó en su camino era abundante en árboles, maleza y lodazal (pasó por ahí durante el final de la estación lluviosa). Para el germano, amante de la aventura y el caminar, Guanacaste ofrecía una variedad de ambas cosas. No obstante, sus ricas descripciones de la naturaleza no son similares para las actividades económicas, sociales y culturales de la región noroeste de Costa Rica. De hecho, sus apuntes al respecto son muy esporádicos y poco profundos.

Por el contrario, otros viajeros que llegaron a Guanacaste en las primeras décadas del siglo XX, siguiendo el mismo camino que Seebach, pero esta vez guiados por el alambre del telégrafo, avistaron un paisaje humano muy complejo, y sin embargo, sencillo. Un aspecto distinguía la región para la mayoría de esos viajeros: su diferencia con respecto al Valle Central. El elemento humano era, con prontitud, uno de los más acotados. Phillip Calvert, científico norteamericano que cruzó Guanacaste en 1910, presenció este aspecto y trató de resumirlo así:

"...su carácter racial [el de los guanacastecos], el elemento indígena que aportaron los chorotegas, tribu que no se encuentra al Este de la cordillera de Tilarán, mientras hay además muchos Zambos o mezcla de chorotegas y negros

¹⁷⁸ Doctor en Historia por Indiana University (Estados Unidos). Profesor de Historia de la Escuela de Historia y la Escuela de Estudios Generales e investigador del Centro de Investigaciones Históricas de América Central de la Universidad de Costa Rica.

¹⁷⁹ (Von Seebach 1922, 29).

¹⁸⁰ (Von Seebach 1922, 31,34).

*africanos traídos aquí originalmente como esclavos; muchas peculiaridades del idioma no se usan en otras partes de Costa Rica; una vida en las fincas, de distinto carácter, el uso de la marimba como instrumento musical; y ciertos bailes particulares, tales como el punto...*¹⁸¹

Calvert, al tiempo en que era presa de la visión oficial que habían construido los liberales acerca del costarricense del Valle Central como blanco y homogéneo¹⁸², anunciaba, empero, una característica estridente con respecto a lo que había visto en el interior del país: *"una vida en las fincas, de distinto carácter"*. En efecto, la disimilitud que apuntaba el norteamericano era sumamente pronunciada. Otros viajeros también enfatizarían esa diferencia. Entre ellos, Eugene Cunningham, un periodista de la *World Magazine*, al dejar Cañas y abrirse camino hacia Liberia, asintió:

"Por toda esa región había pocas señales de cultivos, pues habíamos entrado en el territorio hacendado de Costa Rica, donde los barones del ganado poseían extensos acres de praderas onduladas, sobre las cuales engordaban los novillos comprados en Nicaragua para el mercado de Alajuela".¹⁸³

Cunningham había llegado al Guanacaste de las haciendas ganaderas; un mundo que, por distintas razones le pareció diferente al que vio en el Valle Central y, al mismo tiempo sumamente atrayente.

A pesar de no ser un tema nuevo en la historiografía del país, el estudio histórico de las haciendas guanacastecas del siglo XX no ha sido tan continuado. Quizás los primeros trabajos que se desarrollaron al respecto, y que tenían una intención más agraria y ganadera que historiográfica, fueron los de la Escuela de Agricultura, que, contemporáneos al despegue de la economía ganadera en la década de 1930, se volvieron fundamentales para comprender las particularidades y para determinar las reformas a aplicar en la región guanacasteca con el fin de coronar el triunfo de las haciendas.¹⁸⁴ Junto a estos estudios apareció el trabajo de Carlos Merz que intentaba resumir y explicar los resultados del censo ganadero de 1933.¹⁸⁵ Esta tentación por el estudio de la ganadería en la década de 1930, cerró esos años con el libro de Ricardo Jinesta: *La Garganta del Guanacaste*, una de las primeras investigaciones que intentó acercarse a la contemplación del desarrollo histórico de las haciendas guanacastecas.¹⁸⁶

No obstante, no sería sino hasta la década de 1970 que los historiadores profesionales asumirían como suya la preocupación por comprender por qué, después de la década de 1930, la economía ganadera experimentó un desarrollo sin parangón

¹⁸¹ (Calvert, Con la Comisión Calificadora por el Guanacaste 1974, 440-441).

¹⁸² (Palmer 1996) (Molina Jiménez 2002) (Díaz Arias 2007).

¹⁸³ (Cunningham 2001, 702).

¹⁸⁴ (Acuña Acevedo 1936) (Baltodano Guillén 1937) (Maduro 1935) (Matamoros 1937).

¹⁸⁵ (Merz 1934).

¹⁸⁶ (Jinesta 1938).

en su historia. Este interés no era fortuito, estaba conectado con otros estudios que asumieron como importante la comprensión de la historia económico-social del país.¹⁸⁷ Además, quizás también ejerció alguna influencia en la inspiración de los historiadores, el fenómeno que estaban observando al finalizar la década de 1970: una decadencia cada vez mayor del boom de las exportaciones de ganado.

Lowell Gundmundson fue uno de los pioneros en el estudio de la hacienda ganadera, aunque Joaquín Vargas Coto¹⁸⁸ había resumido en 1950, a su manera, el desarrollo de la ganadería en el país y Carlos Meléndez¹⁸⁹ se había acercado al tema a través de la tenencia de la tierra, pero en la época colonial. Gudmundson¹⁹⁰ por su parte, a finales de la década de 1970, se embarcó en el análisis de los cambios que propiciaron el tercer ciclo económico más importante de Guanacaste después de la crisis económica de 1930, continuando con otros estudios acerca del mundo ganadero y el enfrentamiento entre los grandes propietarios y los pequeños campesinos. Paralelo a este interés, algunos otros investigadores se dedicaron a explorar la hacienda ganadera y la legislación referente a la apropiación de la tierra durante la época colonial y el siglo XIX,¹⁹¹ al tiempo en que otros científicos sociales, particularmente sociólogos, tomaron como punto de análisis otras actividades económicas de Guanacaste en un periodo más contemporáneo.¹⁹²

Sin embargo, el análisis más acabado de la hacienda ganadera, de las relaciones laborales prevalecientes en su interior y su relación con el mundo externo, del proceso de apropiación y escrituración de la tierra, del capital dedicado a la ganadería, de sus distintas etapas durante el siglo XX, de los patrones demográficos, de las expresiones culturales y —englobando todo— de la lógica del latifundio, ha sido realizado consistente y profundamente por el antropólogo estadounidense Marc Edelman.¹⁹³ Su análisis es tanto más valioso, ya que ha tratado de comprender en su

¹⁸⁷ (Molina, Francisco y Cerdas 2003)

¹⁸⁸ (Vargas Coto 1950)

¹⁸⁹ (Meléndez 1975)

¹⁹⁰ (Gudmundson, Apuntes para una Historia de la Ganadería en Costa Rica, 1850-1950 1979) (Gudmundson, *Las luchas agrarias de Guanacaste, 1900-1935: campesinos parcelarios y de hacienda, respuestas al capitalismo agrario y al reformismo político* 1982) (Gudmundson, *Hacendados, políticos y precaristas: la ganadería y el latifundismo guanacasteco 1800-1950* 1983)

¹⁹¹ (Matarrita Ruiz 1980) (Fonseca Corrales 1983) (Sequeira Ruiz 1985) (Hilje Quirós, *Colonización agrícola de Tilarán 1880-1950* 1987) (Hilje Quirós, *Apropiación y distribución de la tierra en Tilarán, 1880-1943* 1985) (Hilje Quirós, *Legislación agraria y apropiación de la tierra en Guanacaste: el caso de Cañas (1884-1907)* 1988)

¹⁹² (Fernández Arias 1983) (Bermúdez Méndez y Pochet Coronado 1986) (Achío Tacsá y Escalante Herrera 1985)

¹⁹³ (Edelman, *Apuntes sobre la consolidación de las haciendas en Guanacaste* 1981) (Edelman, *Extensive land use and the logic of the latifundio: a case study in Guanacaste Province, Costa Rica* 1985) (Edelman, *El distrito de riego de Guanacaste (Costa Rica) y la política del agua* 1987a) (Edelman, *From Central American pasture to North American Hamburger* 1987b) (Edelman, *Illegal Renting of Agrarian Reform Plots: a Costa Rican Case Study* 1989a) (Edelman, *The Somozas' Properties in Northern Costa Rica* 1989b) (Edelman,

globalidad las relaciones políticas y culturales, internas y externas, que condicionaron la distribución de la tierra en Guanacaste, cuestionando mucho de lo que, al respecto, se había escrito hasta la década de 1980 y brindando un acercamiento, además de basado en una multiplicidad de fuentes, cargado de criticismo, suspicacia y propuestas teóricas. El estudio más acabado de Edelman y el que refleja fielmente su dedicación exhaustiva al análisis de la región guanacasteca es su libro: *La Lógica del Latifundio*, que muy rápidamente se convirtió en un clásico para la comprensión del desarrollo histórico, social, económico y cultural del noroeste de Costa Rica.¹⁹⁴

Finalmente, se debe resaltar el aporte de Roberto Cabrera Padilla en su trabajo *Tierra y ganadería en Guanacaste*. El libro de Cabrera es realmente una importante contribución a la visualización de la hacienda ganadera costarricense desde diferentes ángulos. La riqueza de dicho estudio radica por un lado en el rescate de las voces populares de los viejos guanacastecos que recuerdan su pasado y se lo narran al autor de manera diversa; así como al análisis del desarrollo de la ganadería en Guanacaste desde el siglo XVIII hasta el siglo XX.¹⁹⁵

El presente trabajo pretende colaborar, aunque limitada y modestamente, en la comprensión del mundo de la hacienda ganadera guanacasteca a partir del análisis de partes de la vida cotidiana, el entorno material, el trabajo y la sociabilidad que se desenvolvían en su seno tal y como fueron vistas y descritas por visitantes a esa zona entre 1858 y las primeras décadas del siglo XX. Así, ayudados por los viajeros que visitaron Guanacaste durante ese periodo, se plantean preguntas como las siguientes: ¿Cómo eran las casas y las edificaciones que se encontraban en una hacienda ganadera antes del periodo de auge de la ganadería? ¿Cómo vestían y qué hacían los trabajadores de las haciendas? ¿Qué diversiones tenían esos trabajadores? ¿Qué papel jugaba el mundo fuera de la hacienda en la construcción de esas diversiones? La pretensión de este artículo es responder a esas preguntas.

2. CULTURA MATERIAL, VIDA COTIDIANA Y TRABAJO EN LA HACIENDA GANADERA.

2.1. El entorno cotidiano.

El conde Maurice de Périgny visitó Guanacaste en 1913. Su paso por la región noroeste del país al que le dedicaría uno de sus múltiples libros de viaje,¹⁹⁶ fue, además de jocoso, descriptivo de la vida cotidiana que se presentaba temprano en la

¹⁹⁴ "When they took the Muni": Political Culture and Anti-Austerity Protest in Rural Northwestern Costa Rica 1990) (Edelman, *La cultura política de una protesta campesina contra el ajuste estructural económico en Guanacaste, Costa Rica, 1988-1991*) (Edelman, *Don Chico y el diablo: dimensiones de etnia, clase y género en las narrativas campesinas guanacastecas del siglo XX 1994a*) (Edelman, *Peasants Against Globalization: Rural Social Movements in Costa Rica 1999*).

¹⁹⁴ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX 1998*).

¹⁹⁵ (Cabrera Padilla 2007).

¹⁹⁶ (Périgny, *La République de Costa Rica. Son avenir économique et le canal de Panama 1918*).

mañana a acompañar a los moradores y trabajadores de las haciendas ganaderas. En especial, el camino de Bagaces a Miravalles le hizo sentir una gran monotonía al conde. Él lo recordaba así:

"De Bagaces, subimos hacia Miravalles, otra hacienda del General Bernardo Soto que merecía llamarse Maravilla por su situación admirable al pie del volcán, en un paraje lleno de frescura. Durante tres horas vamos al paso largo de excelentes caballos del Guanacaste, fuertes y alertas, bajo un sol de fuego, por un camino triste y monótono, sobre un suelo cubierto de piedras volcánicas donde no crece sino una débil vegetación y, por partes, grupos de árboles retorcidos, de hojas gruesas y lisas, los nances de la familia de las malpigíáceas que antes usaban los indios para teñir el algodón".¹⁹⁷

La experiencia de Périgny no fue única. Otros viajeros que transitaron por Guanacaste en las primeras décadas del siglo XX, también habían apuntado la soledad de los caminos y la preocupación del sol por demostrar su potencial. ¿Era ese, esencialmente, el paisaje que hacía que con constancia los paseantes se interesaran por visitar el noroeste del país? No; otros motivos también los movían. La hacienda ganadera era una de las principales excusas para desplazarse a aquella región y gracias a eso los peregrinos inspirados en contar sus travesías con la pluma, la tinta y el papel, heredaron a la posteridad un conjunto de recuentos de la vida cotidiana, el trabajo, la gente e incluso la fiesta, al interior de la principal actividad que vislumbraban por aquí y por allá en Guanacaste.

¿Cómo era ese mundo? Al ingresar a una hacienda ganadera, una de las edificaciones que llamaban con prontitud la atención era la casa principal, también conocida como casona. En general, el diseño que se utilizaba en la construcción de las casonas estaba inspirado en una letra L. Mientras se encontraba descansando en la Hacienda Guachipelín, el zoólogo norteamericano Phillip Calvert, de paso por Guanacaste en 1910 acompañando a la Comisión Calificadora, hizo una de las mejores descripciones de este tipo de construcciones. Calvert indicaba que,

"La Hacienda, que se halla en la cumbre de una pequeña colina, tiene forma de L, con el ángulo interior de la L expuesto hacia el Sur. Las paredes fueron construidas de anchas tablas y el techo era en parte de teja y en parte de hierro galvanizado corrugado. La parte frontal del Sur tiene un corredor hacia el cual se asciende por unas destartaladas gradas de ladrillo; el piso del corredor era asimismo de ladrillo aunque la casa tenía en su interior pisos de madera. Había tres cuartos en la parte principal de la casa y una cocina en el brazo más corto de la L. El cuarto principal de la casa se abría tanto hacia el frente (Sur) como hacia atrás (Norte), con unas más que pesadas puertas de madera; aquí comíamos nosotros y aquí dormían además nuestro hospedero y Padilla [un acompañante].

¹⁹⁷ (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste 1974, 446-447*).

mientras el profesor [José Fidel] Tristán y yo dormíamos en un pequeño cuarto en el Oeste. Las ventanas tenían postigos de madero pero no bastidor y por supuesto no había vidrios, pues sólo las mejores y más recientemente edificadas viviendas tenían en el poblado ventanas de vidrio".¹⁹⁸

La casa en la que durmió Calvert era muy representativa de lo que podía encontrar el viajero que llegaba a una hacienda guanacasteca en las tres primeras décadas del siglo XX. Con regularidad la madera, la piedra y el ladrillo eran los materiales predominantes en la construcción: en las paredes, en el piso y en el corredor que tendía a ser amplio por las proporciones de la casa. La Hacienda La Pacífica, en Cañas, no era la excepción. La casa principal de esta finca, construida mientras perteneció a la familia Guardia, dejaba en evidencia el seguimiento del patrón anterior. En el caso del corredor, su forma en L lo hacía medir alrededor de veinte metros de frente y nueve de fondo.¹⁹⁹ Esto era sumamente funcional cuando la casona estaba llena de visitantes, ya que transformaba el cotidiano patio, en una habitación sin muros en la que, a fuerza, se podía dormir. En la hacienda Paso Hondo en cambio, además de la casona principal que fue descrita en 1944 como "una casa de dos pisos", poseía otra casa en la que podían alojarse los visitantes.²⁰⁰

El diseño en L hacía imprescindible que la casona tuviese el frente hacia el sur. Tal treta constructora no era en nada casual: su funcionalidad radicaba en proteger al interior de la vivienda de los fuertes rayos del sol, de forma que ésta se convirtiera en un albergue contra el calor. Para contribuir en esa empresa, se mantenían árboles grandes, a menudo frutales, en el sector sur, cuya sombra era apreciada y perseguida al medio día por los trabajadores de la hacienda.

No obstante también existían otros estilos de construcción. La casona de la Hacienda Mojica fue descrita por Eugene Cunningham en 1920 como "un edificio amarillo de dos plantas y desproporcionadamente bajo, circundado por un corredor amplio empedrado, cerca de una arboleda".²⁰¹ Es probable que este modelo de Mojica, haya sido muy parecido al que se presentaba en la casona de la Hacienda Santa Rosa.²⁰² En este caso, se ingresaba al patio a través de unas gradas ubicadas de forma lateral, que tendían a elevar la casa alrededor de un metro y medio del suelo. El techo estaba compuesto por tejas y abrigaba bajo su seno dos pisos: el de la parte alta traslucía como una gaveta con respecto al de abajo, contando también con un balcón que permitía la reunión vespertina. Para lograr una ventilación apropiada, las grandes puertas estaban acompañadas de amplias ventanas que como en el caso de la casona de la Hacienda Guachipelín, no disponían de vidrios, lo cual era fundamental para que entrase viento en las habitaciones. Un rectángulo era la figura por la que se trocaba la L en esas construcciones.

¹⁹⁸ (Calvert, Con la Comisión Calificadora por el Guanacaste 1974, 396.

¹⁹⁹ (RP Partido de Guanacaste 834, 283).

²⁰⁰ (ANCR Serie Protocolos Notariales, notario Amadeo Johanning Murillo, Tomo XVIII, No. 137, 234).

²⁰¹ (Cunningham 2001, 705).

²⁰² (Meléndez Chaverri 2001, 22) (Obregón 1991, 106).

La actividad ganadera obligaba a que otras edificaciones convivieran con la casona principal. Era preciso construir una casa para los trabajadores, algunos lugares en donde dar abrigo nocturno a los caballos, otro sitio en donde guardar las carretas, en algunos casos chiqueros para cerdos, gallineros, galeras para la leña, letrinas y, a veces, una lechería, aunque esto último era más cotidiano en las pequeñas haciendas que se dedicaban a la cría de ganado y no al engorde. La "casa" de los trabajadores no era en sí una estructura tan acabada como la de la casona principal. Conocida como "el zaguán de los sabaneros" en el caso de la hacienda La Pacífica en Cañas, esta edificación, con regularidad, no pasaba de ser un cobertizo repleto de camarotes.²⁰³ En efecto, en la hacienda ganadera la distinción material entre el patrón y los empleados, estaba denotada en primera instancia por el espacio en el que se dormía.²⁰⁴ Empero, es necesario indicar que era muy probable que los sabaneros apenas utilizaran este lugar en algunas ocasiones, ya que —según lo relataban al final de la década de 1980 Hilda y Oldemar Soto Field— varios de ellos "iban a sus casas al atardecer y volvían al otro día temprano a sus labores".²⁰⁵

Además del recinto de los sabaneros, existía una oficina en la que el administrador de la hacienda llevaba el orden del trabajo. Eugene Cunningham tuvo acceso a la de Aurelio Güell en la Hacienda Mojica y la vislumbró como "un cuarto frío y oscuro donde había esparcido monturas, alforjas, fierros de marcar, cajas con instrumentos brillantes de veterinaria —estos últimos el orgullo del gerente— y estantes con volúmenes sobre agronomía e informes empastados".²⁰⁶ Desde esta pequeña oficina, cuyas características eran muy similares a las que se presentaban en otras fincas, el administrador se encargaba de la dirección de los trabajadores y del control de las finanzas de la hacienda.

Retomando lo apuntado hasta el momento, salta a la vista el hecho de que los edificios de las haciendas eran en realidad muy modestos si se les compara con las viviendas que se podían encontrar en el Valle Central costarricense y más aún si el espejo en el que se miran son las grandes viviendas creadas en México a raíz de la actividad ganadera colonial.²⁰⁷ Quizás la causa principal que explica esta diferencia sea la pequeñez de la ganadería guanacasteca en relación con la mexicana en esa época, pero también se debe tener presente que en los inicios del siglo XX, la continuidad de la situación del "dueño ausente" incidía fuertemente en que éste no se preocupara por invertir en demasía en las construcciones de sus haciendas. El resultado: el paisaje cotidiano en el que se desenvolvía la ganadería guanacasteca era rústico y hasta tosco antes de la década de 1930; caracterizado por casonas viejas hechas de madera, piedras y ladrillos, con pequeñas edificaciones a sus alrededores que servían en la protección de algunos de los animales utilizados en las faenas diarias y en el resguardo del fuerte sol de la tarde. Era ese el mundo en el que se desenvolvían los trabajadores.

²⁰³ (Barboza Retana 1990, 2)

²⁰⁴ Para una visión de la función de las casas como formas de distinción en el Valle Central durante la colonia, ver: (Moya 1992, 14-23)

²⁰⁵ (Barboza Retana 1990, 2)

²⁰⁶ (Cunningham 2001, 706-707)

²⁰⁷ (Dusenberry 1963).

2.2. Trabajadores y trabajo en la hacienda ganadera.

El trabajo cotidiano se desenvolvía dentro y fuera de aquellos edificios, dependiendo de la labor a la que se estuviese asignado. Marc Edelman ha precisado seis categorías de mano de obra en las haciendas guanacastecas antes de la década de 1950:

"(1) los peones o jornaleros, que constituían el grupo más grande y generalmente eran contratados por día para limpiar los repastos y cortar madera; (2) los vaqueros o sabaneros, pagados por mes y encargados de arrear los hatos, curar las heridas e infecciones de los animales, sacar los terneros recién nacidos de los sitios y, a veces, patrullar la propiedad; (3) los trabajadores especializados, tales como los carpinteros, boyeros, o los que trabajan en la elaboración del queso, a los que usualmente se les pagaba por mes; (4) las cocineras que preparaban la comida para los otros empleados y que algunas veces tenían otros deberes como el cuidado de los cerdos y las aves de corral; (5) un ama de llaves o un cuidador, que siempre era un antiguo empleado de confianza del cuidado de los bienes de la hacienda y tenía responsabilidades administrativas menores como llevar inventarios y recibir encomiendas; y (6) los empleados de la supervisión, específicamente los mandadores y administradores, que tenían a su cargo, respectivamente, dirigir a los peones y sabaneros y mantener los registros, planear los horarios de trabajo y manejar el funcionamiento general de la hacienda".²⁰⁸

El espectro laboral de las haciendas era, así, muy heterogéneo; aún así, ese espectro estaba limitado por la carestía de trabajadores. Hacia 1935 la Hacienda Paso Hondo, entonces propiedad de Maximiliano Soto, contaba con 70 jornaleros,²⁰⁹ lo que comenzaba a evidenciar el efecto de la crisis de las empresas madereras y del sistema de propiedades que había prevalecido en Guanacaste hasta entonces. En efecto, "la escasez de brazos" fue la tónica en las haciendas ganaderas antes de la década de 1930, lo que hizo que las relaciones laborales entre patronos y empleados, fuesen muy paternalistas y sensiblemente distintas a las que imperaban entre sus homólogos nicaragüenses. Es más, los hacendados utilizaban distintas estrategias para hacerse con los perseguidos jornaleros, necesarios para limpiar sus tierras para la siembra de pasto. Tales arduos iban desde favores paternos, importación de mano de obra extranjera, animación de la competencia y la disciplina, hasta el estímulo monetario.²¹⁰ Esto contrastaba en cierta medida con el mundo cafetalero del Valle Central, cuya diferencia de clases se profundizó en los últimos años del siglo XIX²¹¹ y en el que tuvo que intervenir el Estado en la década de 1930 para disminuir

²⁰⁸ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* 1998, 111)

²⁰⁹ (Tribuna 1935, 16)

²¹⁰ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* 1998, 118)

²¹¹ (Gudmundson, *Campesino, granjero, proletario: formación de clase en una economía cafetalera de pequeños propietarios, 1850-1900* 1990).

el conflicto entre beneficiadores y productores por la fijación de los precios del café.²¹² Evidentemente el contraste era mucho mayor si el lente se fijaba en las condiciones laborales, los salarios y la oferta y demanda de trabajo en el área urbana josefina.²¹³ Así por ejemplo, el salario en las haciendas guanacastecas llegó a ser superior con respecto al de los trabajadores de la Meseta Central (entre 0,75 y 2 colones por día en el primer caso y entre 0,50 y 1,28 colones en el segundo), lo que sin embargo cambiaría rotundamente después de 1940.²¹⁴ Hacia 1935 el salario de un peón en la Hacienda Paso Hondo era de 1,50 colones por día "más comida", mientras que los sabaneros ganaban 70 colones al mes,²¹⁵ situación que convertía a esa hacienda en una de las fincas del noroeste del país que mejor pagaba a sus trabajadores.²¹⁶

¿Cómo era la jornada laboral para los peones? Según Edelman, en las primeras décadas del siglo XX la faena comenzaba a las 6 de la mañana y podía terminar al mediodía o una hora antes, a lo que se agregaba un "turno adicional" o "trabajo extra" por la tarde que podía desarrollarse de 1 a 3 o de 2 a 4. Esta división del día laboral estaba determinada, al parecer, por las características climáticas de la región guanacasteca:

"Tanto los patronos como los trabajadores explicaban la división entre día de trabajo y faena como algo arraigado en el ambiente físico, específicamente en el ardiente sol del mediodía de la bajura guanacasteca, el cual impedía hacer cualquier esfuerzo físico significativo y obligaba al descanso".²¹⁷

Los peones generalmente eran contratados para la limpia de los potreros. Tal empresa era dirigida por un "puntero", el cual se encargaba de imponer el ritmo de trabajo. La jornada laboral era entonces marcada, acelerada y fuerte:

"Los peones limpiaban los potreros en franjas de aproximadamente dos metros de ancho llamadas rondas o cortes, y aquél cuya ronda no tenía el mismo largo que la del puntero, cuando éste terminaba su trabajo al mediodía, muchas veces recibía sólo la ración de comida y no su salario".²¹⁸

²¹² (Acuña Ortega, *Clases Sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores (1932-1936)* 1991) (Acuña Ortega, *Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)* 1986a).

²¹³ (Acuña Ortega, *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas* 1986b).

²¹⁴ No obstante, hacia la década de 1920 los mayores salarios para los jornaleros residían en la zona minera de Guanacaste, donde se podía ganar 4,50 colones si se era minero, entre 6 y 8 colones si se era artesano y 3,50 colones si se era peón. (Edelman 1998, 129). Ver también: (Churnside 1980).

²¹⁵ (Tribuna 1935, 16).

²¹⁶ El salario de los sabaneros, en contraste con el de los peones, se pagaba por mes. Esto era consecuencia de la diferencia en las tareas para las que se contrataban a ambos tipos de trabajadores, así como por los periodos de trabajo.

²¹⁷ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* 1998, 112).

²¹⁸ (Enríquez Solano 1998, 112-113).

La dura jornada mañanera se complementaba con la tarde que era vista como un momento de ocio y descanso. Por tanto, los peones regresaban a sus pueblos y dilapidaban el tiempo de la ardiente caída del sol, al abrigo de una sombra y quizás de un trago. El viajero francés Maurice de Périgny fue testigo de ese comportamiento en Santa Cruz. En su diario, al tiempo en que nos describía los pueblos por los que había caminado, señalaba que,

*"...en todas estas ciudades... no hay ni una gran riqueza ni miseria, y se respira un bienestar general. Las anchas calles arenosas sin aceras, rectilíneas y cruzándose en ángulo recto, están bordeadas de casas de madera, yuxtapuestas cerca del centro, o diseminadas y separadas por jardines. En la mañana éstas permanecen cerradas, los hombres están ocupados en los campos hasta alrededor de la una, mientras que las mujeres van al río a lavar su ropa; pero en la tarde, los peones no trabajan más y permanecen largas horas escuchando un tocador de guitarra o discutiendo y tomando unos traguitos".*²¹⁹

El día de trabajo del sabanero era distinto. Como consecuencia de un horario irregular, tanto en lo referente a la jornada diaria como a la mensual y estacional, así como por la naturaleza de su labor, el sabanero, al contrario del peón, disponía con libertad de su tiempo. Por eso, su salario era mensual. Se esperaba que el sabanero empleara con probidad su trabajo en varias faenas, lo cual contribuiría en el desarrollo económico de la hacienda. Entre sus distintas actividades estaban la búsqueda de novillos, el desplazamiento de hatos ganaderos al mercado alajuelense y el marcado de los animales así como su aseo.

No sólo en eso diferían los vaqueros de los peones. En la división del trabajo, los implementos y las vestimentas eran determinantes de la pertenencia o no a cada grupo. El geólogo alemán Karl Von Seebach, quien el 22 de diciembre de 1864 había arribado a la Hacienda Guacimal ubicada al noroeste de Puntarenas, cerca del golfo de Nicoya, describió a sus trabajadores como "mestizos" o "zambos". El científico germano denotó la diferencia entre estos hombres y aquellos con los que se había topado en el interior del país. Particularmente le llamó la atención su atuendo:

*"Su modo de vestir también es muy extraño; su vestido se compone generalmente de un pantalón muy corto, un par de sandalias (caites), algunas veces una camisa corta, el inevitable machete y un sombrero de hojas de palma completan su atavío".*²²⁰

Probablemente Seebach tenía ante sí a los peones de la hacienda Guacimal. En las primeras décadas del siglo XX esta indumentaria no varió mucho, aunque era más corriente entre los jornaleros el uso de pantalones largos y los pies descalzos.

²¹⁹ (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste* 1974, 462)

²²⁰ (Von Seebach 1922, 31).

Por su parte, los sabaneros se identificaban con otras ropas. En 1913 Périgny describió sus trajes como "pintorescos". Su imagen estaba denotada por un sombrero de paja "orgullosamente levantado por delante, sujetado a la nuca por un mecate o un cordón de cuero, un pañuelo anudado alrededor del cuello y flotando sobre la camisa, y sus altas botas de cuero en la costura, flexibles, que recubren el tobillo moldeando toda la pierna para ensancharse encima de la rodilla hasta lo alto del muslo".²²¹ Este cuadro no era muy distinto siete años después cuando, un poco presumido por su irresistible tentación a comparar a los sabaneros guanacastecos con los vaqueros texanos, Eugene Cunningham advirtió que los primeros eran:

*"jinetes estafalarios y pintorescos, vestidos con camisas y pantalones de algodón burdo, descalzos, con polainas de cuero con flecos, muy parecidas a los chaparejos del vaquero estadounidense, pero más ajustadas a las piernas. Llevaban puestos enormes latones o espuelas ceñidas a los talones descalzos..."*²²²

Cunningham además quedó impresionado con la forma de montar a caballo de los sabaneros y con la montura y los estribos que utilizaban:

*"Con una media docena de sabaneros y el mandador del campo, empezamos un paseo por la hacienda madre. Los vaqueros cabalgaban "por todas" sus jacas achaparradas: por la cruz, las ancas, o bien, colgando de lado. Sus monturas no eran más que una almohadilla delgada que se hacía al coser una estera de juncos entre dos cueros con el pelo por fuera. Cuando les quitaban los cueros a una vaca blanca o manchada, la montura era asunto de color. Sus estribos nos divertieron mucho, pues eran hondones diminutos de hierro que colgaban de una correa de cuero en los cuales el vaquero con indiferencia metía el dedo gordo del pie para apoyarse. El extremo del cuero crudo o lazo de pita lo ataban a una gaza de cuero crudo en la parte delantera de la montura, en vez de ser en el borren, como nosotros [los estadounidenses]".*²²³

La distinción del sabanero frente a los peones, estribaba en el uso del caballo, en su habilidad en la monta y en la utilización de la cuerda, en las tareas a las que se dedicaban y, como hemos anotado, en su vestimenta. Su jornal ajustado a la mensualidad acentuaba esta diferenciación: "los pagos de salario por períodos más largos eran una señal de estatus para los sabaneros ya que, como en otras sociedades, implicaban una mayor solvencia y mayor control de las finanzas de la casa".²²⁴ Amparados en estos contrastes en su figura y en su poder adquisitivo, que se acentuaban con la confianza del mandador y un trabajo más estable, los vaqueros guanacastecos construían su

²²¹ (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste* 1974, 449)

²²² (Cunningham 2001, 707)

²²³ (Cunningham 2001, 708)

²²⁴ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* 1998, 113).

propia identidad frente a los jornaleros. En efecto, todos estos elementos hacían que —como lo advirtió el viajero norteamericano— los sabaneros miraran “con desdén a los peones”,²²⁵ al tiempo en que fomentaban identidades laborales de tipo vertical al interior de las haciendas.

La división de las tareas por género también lo hacía. Algunas de las mujeres que Périgny observó que salían por la mañana a lavar su ropa y la de los suyos al río, caminaban a las haciendas a trabajar en la cocina y en la limpieza. Generalmente las escogidas para estas labores, por lo menos en el caso de las haciendas de Maximiliano Soto, eran esposas, hermanas o hijas de los sabaneros de confianza.²²⁶ No obstante, la presencia femenina en el trabajo ganadero era mínima, lo que contrastaba con su labor en las plantaciones familiares y comunales de los pueblos campesinos de Nicoya.²²⁷

Incluso los trabajos que se realizaban cerca de la casona eran masculinos. Carpinteros que, con cuidado, arreglaban los cercados, portones y se encargaban en general del mantenimiento de la casona y sus alrededores, eran concebidos, sin excepción en términos varoniles. Por otra parte, el cuidado del padrote (piedra angular de la descendencia caballar de la hacienda) y el aseo del ganado, correspondía a los sabaneros. Esto ocurría no sólo porque la labor relacionada con el ganado estaba restringida a este grupo, sino porque el proceso, enmarcado en el momento de la fierra, incluía una nueva forma de construcción de identidades y, cosa interesante, uno de los escasos instrumentos de disciplina y diversión a la vez.

3. JUEGO Y FIESTA.

3.1. Tierra, juego y castigo: Rituales de disciplina y diversión.

El rodeo y la fierra habían sido, desde la época colonial, un espacio de amparo para la diversión y el lucimiento de las habilidades de los sabaneros.²²⁸ Este evento se realizaba al comienzo del año y se extendía por dos semanas y era concebido como una verdadera fiesta en las haciendas. Generalmente los “dueños ausentes”, avisados de la llegada de la diversión a las tierras del noroeste, arribaban junto con sus familias.

El tiempo de la fierra comenzaba con la búsqueda y agrupación de los novillos. Cuando se lograba este objetivo, se procedía a sacar del grupo a las vacas y a los terneros, los cuales se desparramaban por la sabana nuevamente. Uno por uno, los sabaneros iban cortando la punta de los cuernos a los novillos. Este procedimiento

²²⁵ (Cunningham 2001, 707).

²²⁶ (Barboza Retana 1990, 3).

²²⁷ El estudio histórico de la labor femenina en Guanacaste en el siglo XX, ha sido poco. Para un muy buen trabajo comparativo entre Querétaro, León y Puerto Vallarta (todos de México) y Liberia, Cañas y Santa Cruz, ver: (Chant 1997). Marc Edelman ha analizado, someramente, la imagen de las mujeres y su simbolismo para los hombres guanacastecos en (Edelman 1994a).

²²⁸ (Meléndez 1975).

era lento y seguía una rutina, que no por serlo dejaba de ser hermosa: “Un sabanero apunta con su lazo a la cabeza mientras que otro trata de alcanzar con el suyo una de las patas traseras; luego los dos caballeros se apartan y cediendo ante la presión de los mecates tensos por los caballos sostenidos, el animal cae de lado”.²²⁹ Una vez listo, el ganado era llevado al corral. Sin embargo, la operación no carecía de ajetreos: “A veces, burlando la vigilancia de los guardas... [uno de los novillos] logra huir, gana terreno, huye por el bosque, y se necesitan varios minutos de una persecución penosa a través de las ramas y de las zarzas antes de atraparlo”.²³⁰

El trabajo no acababa allí. Era necesario lavar a los animales para desparasitarlos, lo que se hacía amarrándolos, uno tras otro, a alguno de los postes del encierro, para luego quitarles las garrapatas con una paleta de madera, y, finalmente, desinfectarlos. Otro procedimiento de este tipo, consistía en sumergir al animal en una solución creada especialmente para matar los parásitos. Entonces el ganado era separado para marcarlo. El conde de Périgny relató con detalle el procedimiento:

*Una vez que todos los animales destinados a ser marcados están reunidos en el mismo corral, se pasa al “colear” que consiste en tirar al suelo a los animales por grupos sucesivos de diez, los toros primero, las terneras después. El “sabanero” liberado de sus botas, descalzo, con un pañuelo amarrado en la cabeza, agarra a un animal por el rabo, corre detrás de él unos cuantos metros y en un momento propicio da un salto hacia delante para estar a su altura y se deja caer bruscamente de espaldas arrastrando consigo al animal en su caída. Una vez en el suelo, le amarran fuertemente las cuatro patas juntas; luego cuando hay diez preparados de la misma manera, dos “sabaneros” cogen un hierro al rojo y, reservándose cada uno cinco animales, van rápidamente de uno al otro mientras que la atmósfera se impregna, por un instante, de un fuerte olor a quemado.*²³¹

No sólo el olor a cuero quemado que penetró las narices del conde se paseaba por el aire. Con él corrían los gritos y los aplausos de la multitud presente y expectante, así como los sonidos de la marimba y la guitarra tocados por músicos especialmente contratados para la ocasión. La fierra era verdaderamente una fiesta laboral, que incumbía además a los mirones que llegaban de los pueblos vecinos a contemplar aquel espectáculo. Los ánimos se agitaban aún más con las corridas de toros que, posterior al marcado, se organizaban en el corral. Con sacos como capote y con ligereza y astucia, los sabaneros y otros intrépidos asistentes, hacían que el toro los persiguiese por aquí y por allá.²³² Estas corridas se complementaban con la monta de toros.

²²⁹ La siguiente descripción proviene de los apuntes de Périgny, tal y como vislumbró la fierra y el rodeo en la hacienda Miravalles, en Bagaces. (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste 1974*, 449-450)

²³⁰ (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste 1974*, 449-450)

²³¹ (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste 1974*, 451)

²³² En San José se hacía algo parecido en enero cuando se celebraban las fiestas populares. El joven

La diversión que propiciaba el marcado de las bestias era estimulante para los sabaneros y los otros trabajadores de la hacienda, incluyendo a los peones. Alegres y empeñados en su trabajo, cambiaban los tiempos de la cotidianidad y convertían a la hacienda en un campo de juego. Evidentemente la sociabilidad que se producía con el contacto y la competencia, incitaba a la construcción de identidades de otro tipo además de las laborales. Empero, no hay que olvidar que el puesto principal en la actuación en la fiesta taurina, pertenecía a los vaqueros guanacastecos. En ellos residía la atención del público y la demostración de habilidad. Además, eran punto de las miradas de sus propios compañeros, lo cual hacía que se revolvieran las etiquetas que regían la vida cotidiana y se transformaran las posiciones en la escala laboral, en un estilo muy parecido al que promovía en otros sitios el carnaval.²³³ Ese era justamente el juego al que incitaba el "castigo del zopilote".

Aunque ya ha sido citado en otra parte²³⁴, parece fundamental recordar aquí, en extenso, la forma en que, con un detalle y una riqueza propios de su pluma, el conde Maurice de Périgny apuntó en qué consistía este evento:

"Durante todo el tiempo que dura la "fierra", los sabaneros son los amos. Escogen entre ellos a un juez y un fiscal, quienes están encargados de anotar cada día las faltas cometidas por unos y otros, tales como la de dejar escapar un animal durante la caminata, cruzar la pierna sobre la perilla de la montura para descansar, no ejecutar una orden dada por el juez. A manera de sanción, hay que someterse al castigo del zopilote. Se amarra a una rama muy alta un zopilote en proceso de putrefacción, luego mediante unas sogas se hace subir a los delincuentes, sentados sobre un palo, a mayor o menor altura según la gravedad de la falta. Durante la ascensión, el fiscal, pronuncia la sentencia y si la misma persona ha incurrido varias veces en la misma pena, debe sufrir igual número de veces el castigo. Por una falta grave se prolonga el tiempo de permanencia bajo el ave maloliente y a veces se hace subir rápidamente al culpable para dejarlo caer de nuevo de un golpe brusco casi a nivel del suelo. Todo el mundo está obligado, de acuerdo con la expresión, a subir al zopilote; nadie está exento, ni el

investigador estadounidense Dana Garder Munro, quien estaba en Costa Rica a mitad de la década de 1910 preparando la investigación de su tesis doctoral, fue partícipe de una corrida de este tipo. Así lo recordaba: "La ciudad había construido un redondel en uno de los parques, con asientos para los que compraban entrada. Los que no querían pagar iban al redondel, el cual estaba cercado por una barrera de cuatro o cinco pies de alto con solo una o dos puertas. Cuando dejaban pasar el toro al redondel, el cual miraba más asustado que beligerante, algunos de los espectadores más bravos o más borrachos le hacían pases y trataban de provocarlo para que mostrara furia. Los otros hombres y jóvenes que estaban dentro del redondel, incluido yo, mirábamos desde una distancia a salvo y nos corríamos si el toro se acercaba. En cierto momento el toro se dirigió hacia mí, y de pronto me encontré con muchos otros fuera del redondel, sin una clara idea de cómo fui a dar al otro lado de la barrera. Al asustarse más el toro, aumentaban más las probabilidades de que alguien saliera herido y los del tablado se emocionaban más. Si un torero aficionado estaba demasiado borracho o demasiado imprudente, los policías lo sacaban del redondel, pero dos o tres jóvenes resultaron seriamente heridos mientras estuve allí. Me explicaron que a veces había incidentes serios en las corridas, pero que eran más humanas que la variedad española porque el toro terminaba la tarde ileso". (Munro 2001, 647).

administrador, ni el mandador, ni los músicos si su celo disminuyó un instante, ni aún los extranjeros que han venido a asistir a la fierra, a menos que se liberen con un regalo. Estas ejecuciones se hacen, por otra parte, con mucha alegría, siempre al son de la marimba, y todos lo hacen con tan buen humor que es bastante raro que se produzcan incidentes".²³⁵

Marc Edelman, ha señalado la relación simbólica que en este rito tiene el zopilote con la carroña y el asco que tal cosa podía producir. Sin embargo, para Edelman otros elementos son más importantes:

Quizás más que el olor nauseabundo del pájaro, el prospecto de ponerse en ridículo ante los compañeros alentaba la disciplina laboral y un ethos competitivo entre los sabaneros, en un contexto en donde los hacendados tenían pocas herramientas reales para castigar las faltas de los trabajadores... La posibilidad de que los empleados de supervisión pudieran ser "castigados", y la inversión de las posiciones sociales de dominadores y subordinados que implicaba la elección por parte de los sabaneros de un "juez" y un "fiscal", también hacían del ritual del zopilote un medio institucionalizado e inofensivo para descargar hostilidades hacia los capataces, administradores y patronos.²³⁶

El castigo del zopilote fungía además como un momento de alejamiento de la cotidianidad de la hacienda, volviendo a los trabajadores vigilantes de sus compañeros. Una especie de panóptico²³⁷ era el resultado de este juego laboral. Quizá también la práctica de ese juego haya tenido alguna influencia en el proceso de selección de los futuros sabaneros. Aunque se desconoce cuál era el camino que un joven debía seguir para convertirse en vaquero, es probable que en su juventud fuese premiado más de una vez con el castigo del zopilote. En tal caso, el juego servía como un ritual de iniciación, aunque distinto en su expresión, semejante en su técnica denigrante y en su estilo de mofa, al que practicaban los zapateros josefinos con sus aprendices a principios del siglo XX.²³⁸

La fiesta de la fierra, por tanto, se volvía fundamental al interior de las haciendas, tanto para mantener el orden cotidiano y las relaciones verticales, como para afianzar sociabilidades, promover habilidades y sancionar errores. Pero en otra parte y otro momento, fuera de la hacienda y del control del mandador, los sabaneros, los peones y otros de los trabajadores también se reunían. El pretexto: encontrar el remedio al tedio.

²³³ Con respecto al estudio histórico del carnaval, sigue siendo sumamente valioso e imprescindible el trabajo de (Le Roy Ladurie 1994) y el análisis de (Bakhtin 1974).

²³⁴ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* 1998, 127).

²³⁵ (Périgny, *Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste* 1974, 452-453).

²³⁶ (Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* 1998, 128).

²³⁷ (Foucault 1977).

²³⁸ (Acuña Ortega, *Clases Sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores (1932-1936)* 1991).

3.2. La ciudad como espacio alternativo a la hacienda.

La monotonía y tranquilidad matutinas de las ciudades guanacastecas, podían cambiar bruscamente por la noche, y al hacerlo, se mudaban en imanes de trotamundos, bohemios y todo aquel que buscara diversión. ¿Por qué en las ciudades? Los pueblos campesinos que se habían fundado en Guanacaste a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, estaban dedicados, con gran énfasis, a la agricultura y, al parecer, en su mayoría desarrollaban sus vidas desprovistos de espacios alternos al trabajo y a la familia. Un memorial de los vecinos de La Cabra (Tilarán) que recibió el Congreso en 1912, afirmaba que el pueblo estaba constituido por un cuadrante de 30 hectáreas, separado en calles de 16 metros de ancho, una ermita, unas cien casas de madera "de fuerte y sólida construcción", una escuela, un edificio de correos y telégrafos, una agencia de policía con su respectiva cárcel y un cementerio. Otros pueblos aledaños a Cañas presentaban hacia esa década un esquema de edificaciones similar.²³⁹ Al parecer las cantinas y bares no tenían un asiento en estos lugares, aunque esta afirmación debe matizarse ya que en varias ocasiones algunos vecinos de los pueblos se quejaron por los escándalos que provocaban los vaqueros ebrios los sábados de pago.²⁴⁰ Para esos vaqueros, las ciudades podían ser un mejor espacio para continuar con su alegría mensual.

En el caso de los habitantes y trabajadores de las haciendas de Cañas, esta ciudad, así como la no tan lejana Liberia, eran los centros nocturnos elegidos para seguir con la alegría. Especialmente en esta segunda ciudad, descrita por los viajeros de finales del siglo XIX y principios del XX como "la ciudad blanca", la fiesta nocturna era, en algunas etapas del año, otra de sus características. Al menos esa era la impresión del viajero francés Félix Belly, quien en 1858 señalaba:

"Liberia es quizás la ciudad más alegre de América. En ella se baila casi todos los días y a propósito de cualquier cosa, a los acordes de una orquesta local compuesta de una flauta, una guitarra y de la marimba, cuyas teclas de acero [sic: madera] golpeadas con un martillo de caucho resuenan con un ruido metálico de los más irresistibles. Este piano indio [sic: su origen es más bien africano], bastante portátil para poder acompañar al músico a todas partes, es en verdad el mueble que más se usa en el distrito. Es preciso que haya un duelo muy profundo para que pasen ocho días sin que se le ponga a funcionar. Toda la población está invitada de derecho a todas las fiestas y toda ella concurre; pero como los cuartos de las casas no son bastantes grandes para contenerla, y como hay, por otra parte, cierta desigualdad social entre los que llevan botas y los que no las tienen, los primeros bailan adentro y los segundos en la calle. Es una división que se hace por sí sola, sin gendarmes, sin policía, sin que nadie se mezcle en el asunto. Los vecinos traen sus bancos o sus sillas de vaqueta; la calle queda cerrada por los invitados, la marimba preludia con algunas notas vibrantes, empieza la polka y la cosa dura hasta la mañana siguiente con el mismo entusiasmo y el mismo abandono de ambas partes".²⁴¹

²³⁹ (Gudmundson, Documentos para la historia del distrito minero del Guanacaste: Enclave minero? 1978).

²⁴⁰ (Edelman, La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX 1998, 113-114).

²⁴¹ (Belly 1985 [1929], 557).

Las fiestas liberianas en el interior de los edificios y en la calle, eran muy llamativas para los viajeros como Belly y profundamente alegres y joviales para los guanacastecos de otras partes. El baile era el principal invitado. Su presencia era fundamental para la entretención, la animación y el desvelo. Tanto era así que un viajero de principios del siglo XX afirmó que, para los guanacastecos, "el baile es casi un deporte nacional".²⁴² Evidentemente el licor no faltaba. Hacia la primera década del siglo XX este evento era tan importante para la sociabilidad en Liberia, que se volvió obligatorio cada sábado. El conde de Périgny quien describió a Liberia como una ciudad en la que no se sentía alegría ni holgura, anotó inmediatamente que la situación cambiaba durante las noches de los sábados. A una hora fijada por la tradición, hombres y mujeres se reunían "en dos salones de baile, situados en la misma calle casi enfrente el uno del otro", con la intención de disfrutar de la música de una guitarra y una marimba. La escena del baile al que asistió Périgny era pintoresca:

"A los primeros acordes, los grupos se forman, los hombres sin saco, con un pañuelo de seda que reemplaza el cuello de una camisa immaculada, una faja ancha de cuero que sostiene el pantalón de tela algodónada; las mujeres, con un chal graciosamente echado sobre los hombros por encima de livianos corpiños de muselina; muchas personas descalzas. Comienza la polka, sigue el vals, luego de repente es un zapateado furioso en el que los bailarines frente a frente, sin otro movimiento que no sea inclinaciones de cabeza, golpean el piso con golpes redoblados, tan rápidamente que los pies parecen no tocar suelo, y al fin viene el Punto, tan gracioso, especial del Guanacaste. Las parejas esbozan algunos pasos separadamente, el hombre tratando de llamar la atención de su compañera, luego, ésta contestándole sus insinuaciones, se acercan y se alejan cada vez con un gesto desdeñoso, con una serie de inflexiones llenas de gracia acompañadas de gestos armoniosos de los brazos, mímicas galantes en las que el caballero con su sombrero abanica la cabeza coquetamente volcada de su compañera. Siguiendo el ritmo de la música giran uno en torno del otro, rozándose cada vez más, hasta que a un llamado de la marimba se abrazan, dan algunas vueltas, casi en el mismo lugar, y con un lento balanceo de las caderas, y muy rápidamente, se separan para volver a comenzar sus figuras".²⁴³

El baile que contemplaba Périgny sería, dos décadas después, incorporado en las prácticas y etiquetas identitarias de la nación costarricense, en un momento en el que se estaba construyendo un ideal acerca del folclore y la música nacionales.²⁴⁴

²⁴² (Périgny, Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste 1974, 455).

²⁴³ (Périgny, Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste 1974, 456-457) Caivert también describe este baile en el caso de unas fiestas populares celebradas en Filadelfia, cerca del cauce del río Tempisque: "En las esquinas diagonales que daban a la plaza —en cada caso en un cuarto inmediato a un negocio atendido por un chino— tenía lugar un baile amenizado con música de marimba... Los bailes eran todos bailes en parejas, la mayoría de estilos familiares, valsés y polkas, pero uno, llamado 'el punto' era peculiar porque los participantes no se sostienen entre sí, sino que caminan lado a lado, se dan vuelta y así siguen". (Caivert 1974, 372-373).

²⁴⁴ (Vargas Culler 2004).

Empero para los liberianos y los asistentes significaba otra cosa: era el momento preciso en el que se escapaban del tiempo de las haciendas y las plantaciones y se dedicaban a la diversión sin miedo a la disciplina. Probablemente en los bailes públicos se construyeron alianzas, noviazgos y matrimonios, pero es evidente que la sociabilidad, el contacto corporal y la música, convertían a la ciudad en un centro de gozo.

Otro tanto ocurría en Cañas, pero esta vez supeditado a las fiestas populares. Karl Von Seebach contempló, a su pesar moral, estas prácticas en su paso por el lugar en 1864. Seebach además vio lo que probablemente era el antecedente del "Punto":

"Los cohetes y gritos alegres del pueblo nos anunciaron que estaban en las fiestas que acostumbraban celebrar entre la Noche Buena y el Año Nuevo. Aunque "los toros" (un simulacro de toros) habían concluido ya, los bailes y la borrachera continuaban. La música original de la marimba se oyó en la Plaza, y en un galerón ancho, abierto por todos lados, los zambos bailaron sus bailes nacionales poco decentes. Al mismo tiempo un negro jamaicano bailaba un solo al son de las castañuelas y en medio de los gritos de alegría de los espectadores".²⁴⁵

Aunque Seebach describió a Cañas como un lugar "en sí bastante feo", Armando Céspedes Marín, cuarenta años después, contempló el avance que había tenido el sitio al convertirse en ciudad. Con ello, Céspedes nos señalaba la atracción que para los trabajadores de las haciendas podía significar Cañas. Según él,

"...pocos se imaginan lo que tiene Cañas. Un elegante edificio municipal con amplios corredores; varias escuelas, pero digna de mencionar aquella tan grande frente a una plaza especial donde juegan balompié. El mercado hace a la vez los servicios de salón-teatro con un cine que regaló a la iglesia un chinito. El hotel, como cualquiera de la capital en cuanto a sus riquísimas viandas y cómodo servicio. El telégrafo, no es sino una de las principales oficinas de cambio; la luz eléctrica, envidiable, mucho mejor que algunas del interior".²⁴⁶

En efecto, la ciudad era el sitio alternativo a la hacienda, que se volvía fundamental para la diversión. Así, a la par de los bailes, la participación en partidos de fútbol y la asistencia al cine, que también causaban furor en el Valle Central²⁴⁷, eran los pretextos fundamentales para visitar la ciudad. No obstante, su función, no acababa allí. Al estilo en que ocurría en San José y sus alrededores²⁴⁸, las plazas y parques de las ciudades se convertían en otro de los puntos de encuentro social, que era amenizado por la banda militar las noches de los jueves y que inspiraba la retreta y el recreo. Además, se volvía el lugar de comunicación con el centro del país gracias al telégrafo,

²⁴⁵ (Von Seebach 1922, 34).

²⁴⁶ (Céspedes Marín 1974, 474).

²⁴⁷ (Acuña et. al 1996) (Urbina Gaitán 2001).

²⁴⁸ (Enríquez Solano 1998).

el sitio de reunión espiritual gracias a la ermita y el espacio educacional por el efecto de concentrar las escuelas. Pero la ciudad era también un sitio de control. Como lugar elegido para la construcción de los edificios públicos, se volvía el eje del poder estatal. En el caso guanacasteco, en la época que examinamos, esta función era propia de Liberia pero era sumamente reducida y limitada.

La extensión del poder del Estado al territorio de las haciendas, solamente comenzó a ser fuerte después del despegue de la economía ganadera en la década de 1930. En los siguientes lustros, el cambio en los patrones de trabajo, el aumento en el valor de la tierra y de los animales, la decisión de los hacendados por rediseñar las relaciones de poder, la construcción de la carretera internacional y la cercanía con una Nicaragua somocista y amiga del calderonismo recién derrotado en 1948, entre otro conjunto de elementos, hizo que los brazos del Estado se afirmaran con fuerza, aún limitada por muchos factores, en el noroeste. Paralelo a ello, una buena parte del mundo cotidiano, de la fiesta y de la tradición de las haciendas, cambió irremediablemente.

4. EPÍLOGO.

La hacienda que creció en la primera mitad del siglo XX y que provocó con éxito la explotación ganadera en su interior, estaba integrada a una cultura y a una sociedad sumamente rica en expresiones y en su paisaje natural y humano. La base material sobre la que se animaba esa hacienda era rústica y contrastaba con las viviendas y edificios que el café promovió en el centro del país. La casona, estaba construida para albergar la sombra y proponer el descanso en las tardes ardientes de Guanacaste. Junto a ella, otro conjunto de pequeños edificios formaban el eje de la actividad ganadera, donde se guardaban los caballos, se marcaban las reses y dormían los trabajadores.

Evidentemente en esta sociedad las identidades laborales que se construían eran distintas y múltiples. Probablemente los sabaneros hayan sido el grupo más integrado, lo cual se debía a la dimensión distinta de sus actividades laborales, a la forma de su pago, a su vestimenta, a su comida y, decididamente, a su agilidad en la monta del caballo. Los peones carecían de este último elemento y de otros más y quizás su identidad laboral grupal no era tan fuerte como la que se suscitaba entre los sabaneros aunque esas es una hipótesis que se debe comprobar o rechazar en el futuro. Su día laboral dependía de su empeño y estaba marcado por el mediodía. A esa hora, se consideraba que la labor estaba terminada, ya que las tardes se proponían como la partida a la ciudad en busca de la diversión y el descanso. Las ciudades como Cañas o Liberia, se convertían en lugares desiertos durante la mañana, pero al caer el sol nuevamente vislumbraban la llegada de los peregrinos matutinos, que volvían con el deseo del entretenimiento.

Esto no ocurría siempre. Durante las semanas de la fierra, las haciendas eran las elegidas para la diversión. Entonces sus corrales se convertían en verdaderos rodeos que desperdigaban gritos, risas y —labor agradable para los hacendados— disciplina. Efectivamente, no existían otros momentos más sutiles para conseguir el castigo de las faltas de los sabaneros que estas fiestas. El castigo del zopilote, como ritual laboral-festivo, favorecía la mofa y la carcajada, pero también la seriedad laboral, la faena bien hecha y la actitud disciplinaria en el control del ganado. La cultura que promovió esos espacios y que alentó ese mundo cambiaría sin embargo después de 1950.

BIBLIOGRAFÍA.

La Tribuna 4 de marzo de 1935: 16.

Achío Tacsá, Mayra, y Ana Cecilia Escalante Herrera. *Azúcar y Política en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1985.

Acuña Acevedo, Moisés. "Informe sobre la industria ganadera y pastos en la zona de Guanacaste". San José: Tesis de la Escuela de Agricultura, 1936.

Acuña et. al, Gilbert. *Exhibiciones cinematográficas en Costa Rica (1897-1950)*. San José: Memoria de Graduación, Universidad de Costa Rica, 1996.

Acuña Ortega, Víctor Hugo. «Clases Sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores (1932-1936).» *En Historia Económica y Social de Costa Rica (1750-1950)*, de Víctor Hugo Acuña Ortega y Iván Molina Jiménez, 157-180. San José: Editorial Porvenir, 1991.

Acuña Ortega, Víctor Hugo. «La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961).» *Revista de Historia*, n° 16 (julio-diciembre 1987): 137-159.

—. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*. San José: CENAP-CEPAS, 1986b.

Acuña Ortega, Víctor Hugo. «Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948).» *Revista de Ciencias Sociales*, n° 31 (marzo 1986a): 113-122.

ANCR. Serie Protocolos Notariales, notario Amadeo Johanning Murillo, Tomo XVIII, No. 137.

Bakhtin, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona: Barral, 1974.

Baltodano Guillén, Arístides. "Apuntes agropecuarios referentes a Guanacaste". San José: Tesis de la Escuela de Agricultura, 1937.

Barboza Retana, Félix Antonio. *Reseña Histórica de la Hacienda La Pacífica (Cañas, Guanacaste)*. Mimeo, 1990.

Belly, Félix. «A través de la América Central, Nicaragua y el Canal Interoceánico.» En *Costa Rica en el Siglo XIX. Antología de Viajeros*, de Ricardo Fernández Guardia, 521-582. San José: EDUCA, 1985 [1929].

Bermúdez Méndez, Nora, y Ana María Pochet Coronado. *La agroindustria de la caña de azúcar en Costa Rica: modificaciones económicas y sociales (1950-1975)*. Buenos Aires: CLACSO, 1986.

Cabrera Padilla, Roberto. *Tierra y ganadería en Guanacaste*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2007.

Calvert, Phillip. «"Con la Comisión Calificadora por el Guanacaste".» En *Viajeros por Guanacaste*, de Carlos Meléndez Chaverri. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.

Calvert, Phillip. «Con la Comisión Calificadora por el Guanacaste.» En *Viajeros por Guanacaste*, de Carlos Meléndez Chaverri. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.

Cerdas Albertazzi, José Manuel. «El marco socio urbano de los obreros manufactureros josefinos: (1930-1960).» *Revista de Historia*, n° 29 (enero-junio 1994): 89-123.

Céspedes Marín, Amando. «Por Bebedero y Cañas. Hacia Naranjos Agrios 469-478.» En *Viajeros por Guanacaste*, de Carlos Meléndez Chaverri, 469-478. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.

Chant, Sylvia. «Solteras o 'De Regreso'? Las vías hacia la jefatura femenina de hogar en México y Costa Rica (1982-1994).» En *Entre Silencios y Voces. Género e Historia en América Central (1750-1990)*, de Eugenia Rodríguez Sáenz, 217-148. San José: Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia, 1997.

Churnside, Roger. «Organización de la producción, mercado de fuerza de trabajo y políticas laborales en Costa Rica 1864-1950.» *Avances de Investigación* (Instituto de Investigaciones Sociales), n° 38 (1980).

Cunningham, Eugene. «Vagando por América Central.» En *Entre Silladas y Rejojas. Viajeros por Costa Rica de 1850 a 1950*, de Miguel Ángel Quesada Pacheco. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2001.

Díaz Arias, David. «Entre la Guerra de castas y la ladinización. La imagen del indígena en la Centroamérica liberal, 1870-1944" en *Revista de Estudios Sociales*.» n° 26 (2007): 58-72.

Dusenberry, William Howard. *The Mexican Mesta: the Administration of Ranching in Colonial Mexico*. Urbana: University of Illinois Press, 1963.

Edelman, Marc. «"When they took the Muni': Political Culture and Anti-Austerity Protest in Rural Northwestern Costa Rica.» *American Ethnologist* 17, n° 4 (1990): 126-147.

Edelman, Marc. «Apuntes sobre la consolidación de las haciendas en Guanacaste.» *Avances de Investigación* (Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica), n° 44 (1981).

Edelman, Marc. «Don Chico y el diablo: dimensiones de etnia, clase y género en las narrativas campesinas guanacastecas del siglo XX.» En *El paso del cometa: Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)*, de Iván Molina y Steven Palmer, 105-144. San José: Editorial Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1994a.

Edelman, Marc. «El distrito de riego de Guanacaste (Costa Rica) y la política del agua.» *Anuario de Estudios Centroamericanos* 13, n° 1 (1987a): 95-111.

Edelman, Marc. «Extensive land use and the logic of the latifundio: a case study in Guanacaste Province, Costa Rica.» *Human Ecology* 13, n° 2 (1985): 153-185.

Edelman, Marc. «From Central American pasture to North American Hamburger.» En *Food and Evolution: Toward a Theory of Human Food Habitats*, de Marvin Harris y Eric B. Ross, 541-561. Philadelphia: Temple University Press, 1987b.

Edelman, Marc. «Illegal Renting of Agrarian Reform Plots: a Costa Rican Case Study.» *Human Organization* 48, n° 2 (1989a): 172-180.

Edelman, Marc. «La cultura política de una protesta campesina contra el ajuste estructural económico en Guanacaste, Costa Rica, 1988.» *Revista de Historia*, n° 23 (1991): 145-190.

—. *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, Stanford University Press, 1998.

—. *Peasants Against Globalization: Rural Social Movements in Costa Rica*. Stanford: Stanford University Press, 1999.

Edelman, Marc. «The Somozas' Properties in Northern Costa Rica.» En *The Costa Rica Reader*, de Marc Edelman y Joanne Kenen. Nueva York: Grove Weidenfeld, 1989b.

Edelman, Marc. «Un Estado dentro de otro: las propiedades de los Somoza en el norte de Costa Rica.» *Revista de Ciencias Sociales*, n° 66 (Diciembre 1994b): 21-28.

Enríquez Solano, Francisco. *Diversión Pública y Sociabilidad en las Comunidades Cafetaleras de San José. El Caso de Moravia (1890-1930)*. Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998.

Fernández Arias, Mario. *Evolución de la estructura de la tenencia de la tierra en Costa Rica: café, caña de azúcar y ganadería (1950-1978)*. San José: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, 1983.

Fonseca Corrales, Elizabeth. *Costa Rica colonial: la tierra y el hombre*. San José: EDUCA, 1983.

Foucault, Michel. *Discipline and Punish: the Birth of the Prison*. New York: Pantheon Books, 1977.

Gudmundson, Lowell. «Las luchas agrarias de Guanacaste, 1900-1935: campesinos parcelarios y de hacienda, respuestas al capitalismo agrario y al reformismo político.» *Estudios Sociales Centroamericanos*, n° 32 (1982): 75-95.

Gudmundson, Lowell. «Apuntes para una Historia de la Ganadería en Costa Rica, 1850-1950.» *Revista de Ciencias Sociales*, n° 17-18 (marzo-octubre 1979): 61-81.

Gudmundson, Lowell. «Campesino, granjero, proletario: formación de clase en una economía cafetalera de pequeños propietarios, 1850-1900.» *Revista de Historia*, n° 21-22 (enero-diciembre 1990): 151-206.

Gudmundson, Lowell. «Documentos para la historia del distrito minero del Guanacaste: ¿Enclave minero?» *Revista de Historia*, n° 6 (enero-julio 1978): 129-162.

—. *Hacendados, políticos y precaristas: la ganadería y el latifundismo guanacasteco 1800-1950*. San José: Editorial Costa Rica, 1983.

Hilje Quirós, Brunilda. «Colonización agrícola de Tilarán 1880-1950». Heredia: Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1987.

Hilje Quirós, Brunilda. «Apropiación y distribución de la tierra en Tilarán, 1880-1943.» *Revista de Historia*, n° Número especial (1985): 161-175.

Hilje Quirós, Brunilda. «Legislación agraria y apropiación de la tierra en Guanacaste: el caso de Cañas (1884-1907).» *Revista de Historia*, n° 17 (1988): 69-97.

Jinesta, Ricardo. *La garganta del Guanacaste. Estudio de geografía histórica adecuado a la economía nacional*. San José: Falco Hermanos, 1938.

La Tribuna. 4 de marzo de 1935: 16.

Le Roy Ladurie, Emmanuel. *El Carnaval de Romans*. México: Instituto Mora, 1994.

Maduro, Robert. «Informe Hacienda 'El Porvenir' Carrillo». San José: Tesis de la Escuela de Agricultura, 1935.

Matamoros, Yanuario. «Informe sobre los suelos en la región de Abangares». San José: Tesis de la Escuela de Agricultura, 1937.

Matarrita Ruiz, Mario. «La hacienda ganadera en el Corregimiento de Nicoya». San José: Universidad de Costa Rica, Tesis de Licenciatura en Historia, 1980.

Meléndez Chaverri, Carlos. *Santa Rosa. Un combate por la libertad*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2001.

Meléndez, Carlos. «Formas en la tenencia de la tierra en Costa Rica durante el régimen colonial.» *Revista de Historia*, n° 1 (1975): 104-144.

Merz, Carlos. *Resultados y conclusiones del censo del ganado vacuno en la Provincia de Guanacaste*. San José: Imprenta Nacional, 1934.

Molina Jiménez, Iván. *Costarricense por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002.

Molina, Iván, Enríquez Francisco, y José Manuel Cerdas. *Entre dos siglos: la investigación histórica costarricense 1992-2002*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003.

Moya, Armando. «Cultura Material y Vida Cotidiana: el entorno doméstico de los vecinos principales de Cartago (1750-1820).» En *Héroes al Gusto y Libros de Moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750/1900)*, de Iván Molina y Palmer Steven, 9-44. San José: Editorial Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1992.

Munro, Dana Gardner. «Un estudiante en América Central.» En *Entre silladas y rejoyas. Viajeros por Costa Rica de 1850 a 1950*, de Miguel Ángel Quesada Pacheco, 625-653. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2001.

Obregón, Rafael. *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991.

Oliva Medina, Mario. *Artesanos y Obreros Costarricenses 1880-1914*. San José: Editorial Costa Rica, 1985.

Palmer, Steven. «Racismo Intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920.» *Mesoamérica* 17, n° 31 (1996): 99-121.

Périgny, Comte Maurice de. *La République de Costa Rica. Son avenir économique et le canal de Panama*. Paris: Librairie Félix Alcan, 1918.

Périgny, Comte Maurice de. «Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste.» En *Viajeros por Guanacaste*, de Carlos Meléndez Chaverri. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.

RP. Partido de Guanacaste 834.

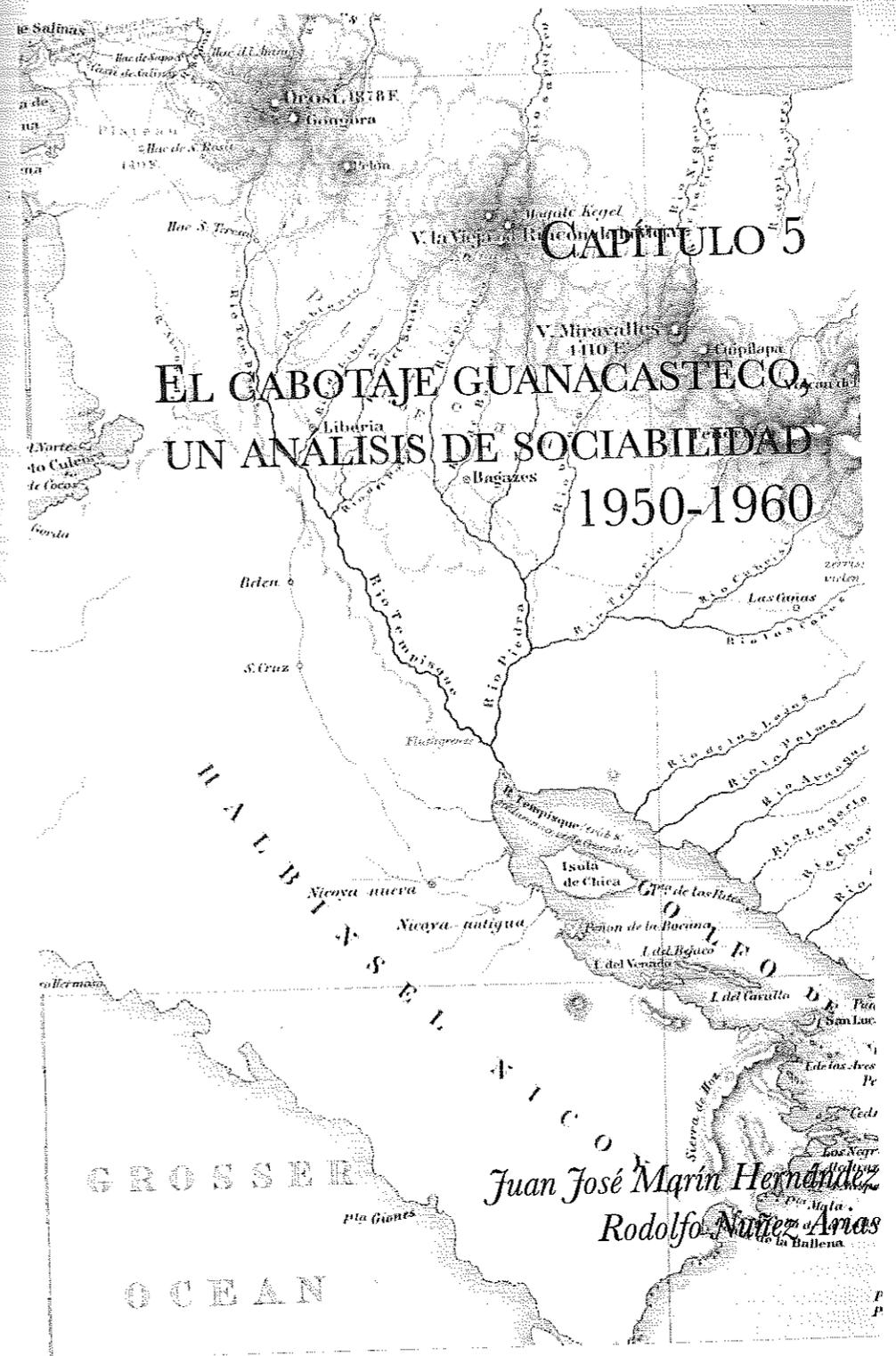
Sequeira Ruiz, Wilder. *La hacienda ganadera en Guanacaste: aspectos económicos y sociales 1850-1900*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1985.

Urbina Gaitán, Chester. *Costa Rica y el deporte (1873-1921). Un estudio acerca del origen del fútbol y la construcción de un deporte nacional*. Heredia: Editorial Universidad Nacional, 2001.

Vargas Coto, Joaquín. *El desarrollo de la ganadería en Costa Rica*. San José: Imprenta La Nación y Ministerio de Agricultura e Industria, 1950.

Vargas Cullel, María Clara. *De las fanfarrias a las salas de concierto: música en Costa Rica (1840-1940)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004.

Von Seebach, Karl. *Karl Von Seebach y sus estudios sobre Costa Rica*. San José: Publicaciones del Liceo de Costa Rica, No. 9. Imprenta Lehmann, 1922.



Obregón, Rafael. *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991.

Oliva Medina, Mario. *Artisanos y Obreros Costarricenses 1880-1914*. San José: Editorial Costa Rica, 1985.

Palmer, Steven. «Racismo Intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920.» *Mesoamérica* 17, n° 31 (1996): 99-121.

Périgny, Comte Maurice de. *La République de Costa Rica. Son avenir économique et le canal de Panama*. Paris: Librairie Félix Alcan, 1918.

Périgny, Comte Maurice de. «Las Graciosas Haciendas y Poblados del Guanacaste.» En *Viajeros por Guanacaste*, de Carlos Meléndez Chaverri. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.

RP. Partido de Guanacaste 834.

Sequeira Ruiz, Wilder. *La hacienda ganadera en Guanacaste: aspectos económicos y sociales 1850-1900*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1985.

Urbina Gaitán, Chester. *Costa Rica y el deporte (1873-1921). Un estudio acerca del origen del fútbol y la construcción de un deporte nacional*. Heredia: Editorial Universidad Nacional, 2001.

Vargas Coto, Joaquín. *El desarrollo de la ganadería en Costa Rica*. San José: Imprenta La Nación y Ministerio de Agricultura e Industria, 1950.

Vargas Culler, María Clara. *De las fanfarrias a las salas de concierto: música en Costa Rica (1840-1940)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004.

Von Seebach, Karl. *Karl Von Seebach y sus estudios sobre Costa Rica*. San José: Publicaciones del Liceo de Costa Rica, No. 9. Imprenta Lehmann, 1922.